

FREGÓN DE JUAN LUIS IGLESIAS PRADA LANGREANO DE HONOR 1977

Queridos paisanos y amigos: En la cabalgadura de la imaginación he subido, días atrás hasta el vértice del valle. Desde la altura todo era gris. No era el gris de la bruma, el humo, la polución de las calles y los campos avejentados de nuestro paisaje. Era gris el caminar preocupado de sus gentes. Una preocupación tensa, silente y resignada. Era gris el sueño que envuelve épocas pasadas de un valle pujante inconscientemente anclado en un presente próspero. Era gris la alborada de ese sueño, el horizonte acotado por esa ley implacable de la oferta y la demanda.

La tierra que desde aquí se domina, esa tierra que unos amamos porque nos dio cobijo al nacer y otros porque ha sido posada abierta al caminar peregrino, ha rendido su tributo a los vaivenes de la vacilante historia del país en el siglo presente. Ha entregado el sudor de sus gentes. Ha compartido sus entrañas con los campos de Castilla, los olivares andaluces, las huertas levantinas y los hombres de la mar. Ha dejado jirones de su piel en revoluciones, campos de batalla, tajos, fábricas y hospitales.

Ahora parece dormir un sueño preocupado, inquieto y temeroso. Un sueño para el que intuye un despertar sombrío en el que seguirá durmiendo. Porque son muchos sus problemas urbanos; porque su economía ha sido deficientemente reconvertida; porque sus gentes emigran; porque la leyenda del pleno empleo ha sido rota por la realidad del paro; porque a la alegría de un desarrollo precipitado y programado a sus espaldas ha sucedido la política de desmantelamientos industriales y la crisis de las tradicionales fuentes de energía; porque, en fin, a un protagonismo merecido sucede ahora una cierta sensación de abandono y olvido por parte de quienes se mueven en la compleja tramoya de la economía. Por eso se ha teñido de gris este querido valle que desde aquí se domina.

Pero no he subido hoy, esta vez de verdad y en automóvil, a invitaros a conservar esa tintura. Porque es cierto que existen los problemas; es cierto que no han sido racionalmente aprovechados nuestros recursos humanos y naturales; es cierto que no resulta fácil el regreso de quienes dejan diariamente su esfuerzo más allá de las fronteras; y es cierto que ha sido muy alta la cuota de contribución a los años pasados en espera de una nueva realidad social y política. Pero todo es, o al menos debemos querer que sea, simplemente tintura tras la que permanecen indelebles los colores propios de este valle. Todo debe ser un sueño, pura quimera, que quiere despertar al alba y merece un alba temprana. Así lo dice el poeta:

***“Ni vos gritéis desilusión, señora
negando al día ese carmín risueño,
ni a la manera usada, en el ahora
pongáis, cual negra tacha, el turbio ceño.
Tomad arco y aljaba -oh cazadora-
que ya es el alba: despertad del sueño”***

Hoy he subido aquí, en efecto, a poner a los pies de la Virgen del Carbayu el Pregón de la esperanza, a sentir con vosotros que aún es posible la ilusión. A coger el arco y la aljaba del poeta, para cazar entre todos los fantasmas de la preocupación y el desencanto. A descubrir el carmín risueño que luce Langreo tras una cortina grisácea de circunstancias. A invitaros a no fruncir el turbio ceño, porque aquí sólo son turbias las aguas del Nalón. A olvidar lamentos, injustas expoliaciones y promesas de cartón, para fortalecer la convicción de que esta tierra aún puede ser fértil con el riego generoso del esfuerzo de sus gentes.

Hoy, queridos paisanos y amigos, es siempre todavía. Esa realidad que nos preocupa, este valle que languidece entre sus muchos problemas, tiene aún soluciones. Pero no están en otras manos. Nosotros somos el hoy y sobre nosotros pesa la carga de que sea todavía. No es suficiente, pues, con la esperanza. Es preciso caminar largo y sin pausa, sin concesiones al pasado que pudo ser mejor y aún confiarlo todo a los latidos del optimismo. Porque también el poeta -ese Machado de España- nos ha escrito:

***¡ Ay de la melancolía
que llorando se consuela,
y de la melomanía
de un corazón de zarzuela!
¡Ay del noble peregrino
que se para a meditar,
después de largo camino
en el horror de llegar!***

Se llega, si la esperanza es fundada y el peregrino andante hace de la esperanza su armadura. Se llega, si esa armadura se forja en el yunque de un trabajo serio y honesto cada día. Se llega, si ese peregrino es todo un pueblo unido y sin fisuras, que se despoja de sus pequeñas envidias, rencores y añoranzas, para calzar las sandalias del esfuerzo permanente, vestir como manto el tul de la ilusión y apoyarse en el báculo de la solidaridad humana. Se llega, en fin, porque todos tenemos voluntad de llegar. Os lo dice el pregonero, que ha querido prescindir de puntillas y cohetes, de gaitas y tamboriles y de fáciles

halagos, para sustituir la tradicional alegría de un Pregón festivo por un canto a la esperanza, a ese hoy que es siempre todavía.

No podía hacerlo de otro modo. Porque un Pregón simplemente festivo requería dar la espalda a la realidad inquietante que vive nuestro valle. Sería un Pregón salido de una pluma más o menos florida y lanzado al viento sobre una tierra que ya no está abonada para sembrar vanidades; una canción cortesana; un lance de opereta. Y no un grito de corazón a corazón; un canto recio y sereno, como recia y serena ha de ser la actitud de las gentes de Langreo ante esa realidad que nos inquieta, que no es otra que la realidad de muchos pueblos de España que despiertan de un letargo y advierten ante el espejo de sus problemas las huellas de una noche en que han dormido sin haber hallado en el sueño su descanso.

Y no podía hacerlo de otro modo, tenía que abandonar la idea de un Pregón festivo y escribir el Pregón de la esperanza, porque así lo requerían el lugar y la ocasión en que habría de leerlo. Un lugar que no es sólo el símbolo de la unidad del valle langreano, ni la atalaya que pone al descubierto ese ambiente gris que envuelve su angostura; sino el testimonio de la capacidad renovadora de sus gentes cuando prende en ellas la ilusión. Y una ocasión en la que, como tributo de la distinción que el año pasado recibí con emoción contenida, me corresponde honrar a un Langreano de Honor que ha sido elegido con singular acierto.

¡Recordad los viejos del lugar cómo eran antaño las fiestas del Carbayu! ¡Recordad qué fue de aquellas fiestas; como cayó en el olvido una devoción popularmente creada y sentida; cómo se fue desgajando piedra a piedra esta Capilla que alberga a la Virgen langreana! ¡Recordad, también los menos viejos, cómo esta tradición local se alumbra con luz mortecina hace aún no muchos años! Y haced honor ahora, a ese puñado de hombres que alentados por quien ya es su Presidente de Honor, por un Don Angel infatigable, han sido capaces de recuperar y restaurar unas fiestas para todo el valle. Haced honor a quienes unieron las piedras con la argamasa de la ilusión, para dar sencillo pero lindo techo a la Virgen que vela el sueño y el insomnio de los langreanos; a quienes han hecho posible que hoy salga de su ermita con dignidad para compartir en medio de nosotros las preocupaciones de este valle y escuchar -seguro que conmovida- esa maravillosa Misa en bable que borda con mimo una institución tan langreana como el Coro Santiaguín.

¿Verdad que no me engaño ingenuamente? ¿Verdad que hay motivos para insistir en que hoy es siempre todavía; para creer con fundamento que tras la tintura gris de nuestras penas está el carmín risueño de nuestras posibilidades; para despertar a la ilusión y renovar con ella nuestra tierra como se renovó la ermita? He aquí por qué he querido cantar a la esperanza a las puertas del monasterio.

Pero no sólo el lugar ha dictado el signo de mi Pregón. También lo ha dictado la ocasión, para mi particularmente entrañable, en que se rinde homenaje a un nuevo Langreano de Honor. Porque Enrique Fernández, Enrique -'El Practicante", ha sido durante muchos años, por convicción y por su noble profesión un portador de la esperanza. Con ella y un viejo maletín que aún recuerdo, ha entrado en los hogares de Langreo dejando en cada uno la esperanza y llevándose en su maletín el dolor de sus enfermos, cuando no la triste sensación de que tan sólo aliviaba unos males sin remedio. Y con esa misma esperanza, en la que siempre ha vivido, ha traspasado no pocos umbrales langreanos, desheredados de la fortuna, para hacer en ellos la caridad de una ilusión, romper el velo de la soledad y remediar comunitariamente necesidades materiales.

Por eso no soy yo el más indicado para hacer su elogio. Somos todos los que alguna vez -de niños con terror y en la madurez disimulando un cierto nerviosismo hemos puesto la mirada en aquel viejo maletín; los que hemos buscado en su rostro apacible, en su aire bondadoso y en su mirada serena, el alivio físico que prodigó durante cincuenta años en infatigable trabajo y con su hombría de bien. Todos los que recibieron en la soledad de sus hogares la caricia de su compañía, los frutos de sus desvelos por la Comunidad Parroquial, y el alivio espiritual de su comprensión impregnada de esperanza. Todos los que en su día saludamos satisfechos la acertada decisión de la Comisión de Festejos de El Carbayu, y hoy sentimos, de verdad, que en esa placa hay un trocito de cada uno de nosotros.

Querido Enrique: el azar de la vida, de esa vida que tantas veces has contribuido a rescatar del dolor y de la muerte, nos ha situado a los dos en la cima de este valle para honrar a la Virgen langreana y acudir como romeros a depositar en su ermita nuestro canto de esperanza. He vuelto la mirada atrás y he visto mi niñez confiada muchas veces en tus manos. He sentido también que el afecto generado en la amistad de nuestras dos familias podía traicionar mis sentimientos y convertir en personal lo que debiera ser el homenaje de todo un pueblo. Por eso me he ahorrado los elogios para tratar de decir, lisa y llanamente, la verdad y no usurpar con recuerdos entrañables el significado plural y colectivo de ese título de Langreano de Honor, que sumas a otro bien ganado en

tu quehacer de cada día como "poleso" que ha sabido ser Langreano de Amor.

He leído no hace mucho, queridos paisanos y amigos, que cuando un asturiano toma la palabra siempre acaba llegando al corazón. Yo quisiera no haber encogido el vuestro ahora con mi retórica. Para que, concluido el Pregón, deis rienda suelta a la alegría que todos sentimos hoy. ¡ El Carbayu está en fiestas, langreanos! ¡ Hay Langreano de Honor! ¡Suenan el roncón de la gaita; suena también el tambor! Desde aquí la Virgen vela, por el valle con amor. Abajo, todos nosotros precisamos recordar que, terminada la danza en cada hogar la esperanza ¡ nunca debe de faltar!